

# El Eco de Cartagena.

Año XXVII.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7640

PRECIOS DE SUSCRICION.

CONDICIONES.

CARTAGENA.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAS, tres meses, 7'50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11'25 id.  
La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.  
Corresponsales en París para anuncios y reclamos, Mr. A. Lorette, rue Caumartin, 61.—John F. Jones, 2, bis, Rue du Faubourg Montmartre.—En Londres: 166 Fleet Street E. O.  
Números sueltos 15 céntimos.

El pago será siempre adelantado y en metálico á letra de fácil cobro.—La Redacción no responde de los anuncios remitidos á sus editores, por error ó por falta de diligencia legal en el cobro, con los originales.  
Administrador.—D. [Nombre] y ADMINISTRACION. [Nombre]

SÁBADO 30 DE ABRIL DE 1887.

EJOS DE MADRID.

29 Abril 1887.

Nada nuevo en el mundo. No es que hayan aparecido en las oficinas del Estado ni en el Palacio de la representación nuevos petardos. Ya casi nadie hace caso de estos elementos de destrucción que no estallan como en otros tiempos, pero que sirven para despejar la atmósfera.

En el salón de conferencias del Congreso, en los pasillos y en todas las dependencias del edificio representativo, había por regla general más caballeros particulares que diputados. Por cualesquiera de los infinitos medios que se emplean en nuestro país para que los audaces se metan en donde no los llaman, se colaban allí multitud de conocidos ó desconocidos. El petardo hallado dió motivo á un trabajo de selección; se recogieron las tarjetas de entrada, se cerraron las puertas á los que no eran diputados; se dejó un postigo abierto para los periodistas de verdad y con este motivo cesó el bullicio material en la casa de los discursos y de los caramelos.

En el Ministerio de Fomento estaban las oficinas á todas horas llenas de extraños que empleaban el tiempo en quitar ocasión de trabajar á los empleados.

Otro petardo no ménos oportuno que el del Congreso, ha servido para cerrar las puertas de los despachos.

Solo dos días á la semana, durante una ó dos horas, pueden los simples mortales acercarse al registro del Ministerio y preguntar por el estado de los expedientes que les interesan.

No siendo diputado ó senador, inútil es querer penetrar en el antiguo edificio de la Trinidad.

De modo que como se vé los petardos sirven para algo.

Los oficiales de peluquería se han subido á las barbas de sus maestros.

Estos, verdaderamente... pobres chicos, son unos esclavos. Desde las primeras horas de la mañana hasta las últimas de la noche, aguardan encerrados en los gabinetes donde se disfruta con riza, á que los parroquianos se entreguen á sus hábiles manos y á su incansable charla.

Esta sujeción, unida á los largos ratos de ocio forzoso, les ha hecho pensar que ellos también son hombres, que tienen sus necesidades efectivas, que su misión es afeitarse, no que los afeiten, y que eso de estar desde las ocho de la mañana hasta las once ó las doce de la noche para que el barbilindo que va al baile á ó

á la reunión B, pueda bailar quien le peina y quien le riza, es una iniquidad.

¿Porqué no han de ir ellos al teatro?

¿Porqué no han de buscar su media naranja en esas reuniones modestas que se celebran desde las ocho á las once de la noche? ¿Porqué no han de tener algunas horas de libertad?

Unidos los manebos, acordaron pedir á los amos que cesara el servicio á las nueve de la noche; y casi todos los artistas en pelo accedieron á esta justísima aspiración.

Solo uno ha querido resistir. Hombre de pelo en pecho, á la reclamación de los oficiales que se acercaron á su casa en crecido número, contestó armado de un revolver y de un gatillo que á él no le imponía nadie, que hasta en su casa lo que tuviera por conveniente y que si estas razones no bastaban, emplearía las que tenía más á la mano.

Tan descabellada respuesta puso los pelos de punta á los oficiales, y sin reparar en pelillos, convencidos de que el tal maestro era un buen peine, llamaron á los del orden público, quienes se llevaron á la prevención al maestro que en un momento de arrebató había querido echar una caña al aire.

Con este alboroto capital, ha coincidido la aparición del proyecto de reformas militares.

Convértanse ó no en leyes, los proyectos del General Cassola, lo que puede asegurarse, es que ha puñtado el dedo en muchas llagas, porque todo se vuelve ayes de dolor.

¡El servicio forzoso!  
El voluntariado de un año con equipo!

Pero señor, todos vamos á ser militares?

¡Qué horror! exclaman unos.

¡Qué felicidad! exclaman otros, recordando la copla del Valle de Andorra:

La española infantería  
Por lo brava y lo gentil,  
En combates y en amores  
Sabe el triunfo conseguir.

Triunfaremos al fin? De cualquier modo, estos días no se habla más que de los proyectos militares; y los que más tienen que oír son los usureros que prestaban á los oficiales.

Ayer mañana, poco después de amanecer, tropezaron los guardias de orden público que prestaban servicio en la plaza de Oriente, con un hombre vestido con el traje que usó Adán en el Paraíso.

Verlos y echar á correr, fué todo uno, los guardias le siguieron y tra-

pué de un... [Fragmento de texto]

—A dónde va V. tan apresurado?

—¿Le preguntaron lo mismo?

—Voy al... [Fragmento de texto]

—¿Porqué no ha de buscar su media naranja en esas reuniones modestas que se celebran desde las ocho á las once de la noche?

—¿Porqué no han de tener algunas horas de libertad?

—Unidos los manebos, acordaron pedir á los amos que cesara el servicio á las nueve de la noche; y casi todos los artistas en pelo accedieron á esta justísima aspiración.

Solo uno ha querido resistir. Hombre de pelo en pecho, á la reclamación de los oficiales que se acercaron á su casa en crecido número, contestó armado de un revolver y de un gatillo que á él no le imponía nadie, que hasta en su casa lo que tuviera por conveniente y que si estas razones no bastaban, emplearía las que tenía más á la mano.

Tan descabellada respuesta puso los pelos de punta á los oficiales, y sin reparar en pelillos, convencidos de que el tal maestro era un buen peine, llamaron á los del orden público, quienes se llevaron á la prevención al maestro que en un momento de arrebató había querido echar una caña al aire.

Con este alboroto capital, ha coincidido la aparición del proyecto de reformas militares.

Convértanse ó no en leyes, los proyectos del General Cassola, lo que puede asegurarse, es que ha puñtado el dedo en muchas llagas, porque todo se vuelve ayes de dolor.

¡El servicio forzoso!  
El voluntariado de un año con equipo!

Pero señor, todos vamos á ser militares?

¡Qué horror! exclaman unos.

¡Qué felicidad! exclaman otros, recordando la copla del Valle de Andorra:

La española infantería  
Por lo brava y lo gentil,  
En combates y en amores  
Sabe el triunfo conseguir.

Triunfaremos al fin? De cualquier modo, estos días no se habla más que de los proyectos militares; y los que más tienen que oír son los usureros que prestaban á los oficiales.

Ayer mañana, poco después de amanecer, tropezaron los guardias de orden público que prestaban servicio en la plaza de Oriente, con un hombre vestido con el traje que usó Adán en el Paraíso.

Verlos y echar á correr, fué todo uno, los guardias le siguieron y tra-

—¿Porqué no han de buscar su media naranja en esas reuniones modestas que se celebran desde las ocho á las once de la noche?

—¿Porqué no han de tener algunas horas de libertad?

—Unidos los manebos, acordaron pedir á los amos que cesara el servicio á las nueve de la noche; y casi todos los artistas en pelo accedieron á esta justísima aspiración.

Solo uno ha querido resistir. Hombre de pelo en pecho, á la reclamación de los oficiales que se acercaron á su casa en crecido número, contestó armado de un revolver y de un gatillo que á él no le imponía nadie, que hasta en su casa lo que tuviera por conveniente y que si estas razones no bastaban, emplearía las que tenía más á la mano.

Tan descabellada respuesta puso los pelos de punta á los oficiales, y sin reparar en pelillos, convencidos de que el tal maestro era un buen peine, llamaron á los del orden público, quienes se llevaron á la prevención al maestro que en un momento de arrebató había querido echar una caña al aire.

Con este alboroto capital, ha coincidido la aparición del proyecto de reformas militares.

Convértanse ó no en leyes, los proyectos del General Cassola, lo que puede asegurarse, es que ha puñtado el dedo en muchas llagas, porque todo se vuelve ayes de dolor.

¡El servicio forzoso!  
El voluntariado de un año con equipo!

Pero señor, todos vamos á ser militares?

¡Qué horror! exclaman unos.

¡Qué felicidad! exclaman otros, recordando la copla del Valle de Andorra:

La española infantería  
Por lo brava y lo gentil,  
En combates y en amores  
Sabe el triunfo conseguir.

Triunfaremos al fin? De cualquier modo, estos días no se habla más que de los proyectos militares; y los que más tienen que oír son los usureros que prestaban á los oficiales.

Ayer mañana, poco después de amanecer, tropezaron los guardias de orden público que prestaban servicio en la plaza de Oriente, con un hombre vestido con el traje que usó Adán en el Paraíso.

Verlos y echar á correr, fué todo uno, los guardias le siguieron y tra-

—¿Porqué no han de buscar su media naranja en esas reuniones modestas que se celebran desde las ocho á las once de la noche?

—¿Porqué no han de tener algunas horas de libertad?

—Unidos los manebos, acordaron pedir á los amos que cesara el servicio á las nueve de la noche; y casi todos los artistas en pelo accedieron á esta justísima aspiración.

Solo uno ha querido resistir. Hombre de pelo en pecho, á la reclamación de los oficiales que se acercaron á su casa en crecido número, contestó armado de un revolver y de un gatillo que á él no le imponía nadie, que hasta en su casa lo que tuviera por conveniente y que si estas razones no bastaban, emplearía las que tenía más á la mano.

Tan descabellada respuesta puso los pelos de punta á los oficiales, y sin reparar en pelillos, convencidos de que el tal maestro era un buen peine, llamaron á los del orden público, quienes se llevaron á la prevención al maestro que en un momento de arrebató había querido echar una caña al aire.

Con este alboroto capital, ha coincidido la aparición del proyecto de reformas militares.

Convértanse ó no en leyes, los proyectos del General Cassola, lo que puede asegurarse, es que ha puñtado el dedo en muchas llagas, porque todo se vuelve ayes de dolor.

¡El servicio forzoso!  
El voluntariado de un año con equipo!

Pero señor, todos vamos á ser militares?

¡Qué horror! exclaman unos.

¡Qué felicidad! exclaman otros, recordando la copla del Valle de Andorra:

La española infantería  
Por lo brava y lo gentil,  
En combates y en amores  
Sabe el triunfo conseguir.

Triunfaremos al fin? De cualquier modo, estos días no se habla más que de los proyectos militares; y los que más tienen que oír son los usureros que prestaban á los oficiales.

Ayer mañana, poco después de amanecer, tropezaron los guardias de orden público que prestaban servicio en la plaza de Oriente, con un hombre vestido con el traje que usó Adán en el Paraíso.

Verlos y echar á correr, fué todo uno, los guardias le siguieron y tra-

—¿Porqué no han de buscar su media naranja en esas reuniones modestas que se celebran desde las ocho á las once de la noche?

—¿Porqué no han de tener algunas horas de libertad?

—Unidos los manebos, acordaron pedir á los amos que cesara el servicio á las nueve de la noche; y casi todos los artistas en pelo accedieron á esta justísima aspiración.

Solo uno ha querido resistir. Hombre de pelo en pecho, á la reclamación de los oficiales que se acercaron á su casa en crecido número, contestó armado de un revolver y de un gatillo que á él no le imponía nadie, que hasta en su casa lo que tuviera por conveniente y que si estas razones no bastaban, emplearía las que tenía más á la mano.

Tan descabellada respuesta puso los pelos de punta á los oficiales, y sin reparar en pelillos, convencidos de que el tal maestro era un buen peine, llamaron á los del orden público, quienes se llevaron á la prevención al maestro que en un momento de arrebató había querido echar una caña al aire.

Con este alboroto capital, ha coincidido la aparición del proyecto de reformas militares.

Convértanse ó no en leyes, los proyectos del General Cassola, lo que puede asegurarse, es que ha puñtado el dedo en muchas llagas, porque todo se vuelve ayes de dolor.

¡El servicio forzoso!  
El voluntariado de un año con equipo!

Pero señor, todos vamos á ser militares?

¡Qué horror! exclaman unos.

¡Qué felicidad! exclaman otros, recordando la copla del Valle de Andorra:

La española infantería  
Por lo brava y lo gentil,  
En combates y en amores  
Sabe el triunfo conseguir.

Triunfaremos al fin? De cualquier modo, estos días no se habla más que de los proyectos militares; y los que más tienen que oír son los usureros que prestaban á los oficiales.

Ayer mañana, poco después de amanecer, tropezaron los guardias de orden público que prestaban servicio en la plaza de Oriente, con un hombre vestido con el traje que usó Adán en el Paraíso.

Verlos y echar á correr, fué todo uno, los guardias le siguieron y tra-

—¿Porqué no han de buscar su media naranja en esas reuniones modestas que se celebran desde las ocho á las once de la noche?

—¿Porqué no han de tener algunas horas de libertad?

—Unidos los manebos, acordaron pedir á los amos que cesara el servicio á las nueve de la noche; y casi todos los artistas en pelo accedieron á esta justísima aspiración.

Solo uno ha querido resistir. Hombre de pelo en pecho, á la reclamación de los oficiales que se acercaron á su casa en crecido número, contestó armado de un revolver y de un gatillo que á él no le imponía nadie, que hasta en su casa lo que tuviera por conveniente y que si estas razones no bastaban, emplearía las que tenía más á la mano.

Tan descabellada respuesta puso los pelos de punta á los oficiales, y sin reparar en pelillos, convencidos de que el tal maestro era un buen peine, llamaron á los del orden público, quienes se llevaron á la prevención al maestro que en un momento de arrebató había querido echar una caña al aire.

Con este alboroto capital, ha coincidido la aparición del proyecto de reformas militares.

Convértanse ó no en leyes, los proyectos del General Cassola, lo que puede asegurarse, es que ha puñtado el dedo en muchas llagas, porque todo se vuelve ayes de dolor.

¡El servicio forzoso!  
El voluntariado de un año con equipo!

Pero señor, todos vamos á ser militares?

¡Qué horror! exclaman unos.

Acepta que el gobierno alemán dirigirá al francés una nota sobre este punto. [Fragmento de texto]

EL COMDE DE MOLTEA EN LA FRONTERA.

El estado mayor del ejército alemán, á las ordenes del conde de Molte girará en breve una visita á las guarniciones de la frontera franco-alemana.

El viaj del general Walderssee á dicha frontera no ha tenido importancia alguna política. Su objeto era únicamente tomar disposiciones para la recepción y alojamiento del estado mayor.

MANUEL DEL PALACIO EN EL ATENEO DE MADRID.

El anuncio de que este inspirado poeta iba á leer algunos de los versos de su reciente libro *Huelgas diplomáticas*, llevó al Ateneo gran número de socios de las más distinguidas, hermosas y elegantes damas.

Diferentes veces hemos dicho el concepto que nos mereces como poeta Manuel del Palacio. Es el mejor de nuestros sonetistas, y en todos sus versos...

Anoche leyó, primero un poema titulado *Bianca*, de interesante asunto y de irreprochable forma, que como todos los demás, le valió ruidosos y justísimos aplausos.

He aquí algo de lo que más se celebró.

EL ESCAPE DEL BURRO. Fábula.

Cuesja arriba en su pollino sintió el vanidoso Blas, que galopaba detrás el caballo de un vecino.

Por no poderle el camino á la albarda se aferró, y tanto y tanto picó que escapado, y sin aliento logró subir el jumento á donde el caballo no.

Casos como este, á fe mía, se ven aquí cada día; pues más grandes ó más chicos, ni la vanidad les guía saben más que los borricos.

CANTAR. Si quieres con una p... curar mis males, léelos en la estera de mi cuarto: pon la planta de tus pies.

Delora ves... [Fragmento de texto]